

la mañana de un domingo oímos vibrar las viejas campanas, nos preguntamos: ¿Es esto posible? Hacer esto por un judío, crucificado hace dos mil años, que se decía el Hijo de Dios. Falta la prueba de tal afirmación. Seguramente la religión cristiana es en nuestros días una antigualla subsistente de tiempos muy remotos, y el hecho de que se preste generalmente creencia á tal afirmación—cuando á la vez se ha llegado á ser en lo demás tan severo para el examen de los asertos,—es tal vez la pieza más antigua del atavismo. Un Dios que hace hijos á una madre mortal; un sabio que recomienda no trabajar, no tener ya tribunales, sino estar atentos á las señales del fin inminente del mundo; una justicia que acepta al inocente como víctima expiatoria; aquél que manda á sus discípulos beber su sangre; oraciones para obtener milagros; pecados cometidos contra un Dios, expiados por un Dios; el temor de un más allá cuya puerta está en la muerte; la figura de la cruz como símbolo, en un tiempo que no conoce ya la significación y la vergüenza de la cruz, ¡qué sensación de escalofríos nos viene de todo eso, como saliendo del sepulcro de pasados muy antiguos! ¿Podría creerse que se crea todavía en semejante cosa?

114. *Lo que no es griego en el cristianismo.*—Los griegos no veían los dioses homéricos por encima de ellos como amos, ni á sí mismos por debajo de los dioses como criados, así como los judíos. No veían en ellos sino el espejismo de los ejemplares más perfectos de su propia raza, y por tanto un ideal, no lo contrario de su propio ser. Se creen emparentados los unos con los otros, hay un interés recíproco, una especie de *simmaquia*. El hombre adquiere noble idea de sí cuando se da semejantes dioses y se coloca en una relación parecida á la que existe entre la pequeña y la

gran nobleza; en tanto que los pueblos italianos tenían una verdadera religión de compatriotas en continua inquietud, frente á frente de los poderes malignos y caprichosos y de espíritus malhumorados. Allí donde los dioses olímpicos se alejaban, allí la vida griega era más inquieta, más sombría. El cristianismo, por el contrario, quebrantaba y estrellaba al hombre completamente y le hundía en un atoladero profundo, en el sentimiento de una completa abyección, y hacía entonces brillar repentinamente el esplendor de la misericordia divina, á tal punto que el hombre sorprendido, aturdido por la gracia, lanzaba un grito de arro-bamiento y por un instante creía que llevaba sobre sí el cielo entero. Es á este exceso enfermizo del sentimiento, á esta profunda corrupción de la cabeza y el corazón, adonde llevan todas las invenciones psicológicas del cristianismo: quiere aniquilar, romper, aturdir, embriagar; no hay sino una sola cosa que no quiera: la *medida*, y por esto es, en el sentido más profundo, bárbaro, asiático, sin nobleza, no griego.

115. *Ser religioso con ventaja.*—Hay personas honradas y comerciantes íntegros á quienes la religión condecora con insignias de humanidad superior: éstos hacen muy bien en ser religiosos, la religión les embellece. Todos los hombres que no se ocupan en algún oficio de armas—y la palabra y la pluma están comprendidas en las armas—son serviles: para tales gentes la religión cristiana es utilísima, pues el servilismo toma entonces el aspecto de virtud cristiana, y se embellece sorprendentemente. Las personas para quienes la vida diaria se presenta demasiado vacía y monótona, se hacen fácilmente religiosas; en esto son comprensibles y perdonables, pero ningún derecho les queda para reclamar la religiosidad de aquellos

para quienes la vida diaria no corre vacía ni monótona.

116. *El cristiano común.*—Si el cristianismo tuviera razón con sus frases de Dios vengador, de estado general del pecado, de la elección de la gracia y del peligro de una condenación eterna, sería signo de debilidad del espíritu y de falta de carácter *no hacerse* apóstol, sacerdote ó misionero, y trabajar con temor é inquietud exclusivamente en favor de la propia salvación; sería un contrasentido perder así de vista la ventaja eterna por la comodidad de un tiempo. Supuesto que generalmente existe *la fe* de esto, el cristiano común es una figura digna de compasión, un hombre que no sabe contar hasta tres, y que, por lo demás, precisamente á causa de su incapacidad mental para calcular, no merecía ser tan severamente castigado como el cristianismo se lo promete.

117. *Habilidad del cristianismo.*—Es una artimaña del cristianismo el enseñar, tan altamente, la total indignidad, pecabilidad y depreciación del hombre en general, que el desprecio de los contemporáneos no es con ello posible. «Que peque tanto como quiera, no se distingue esencialmente de mí; soy yo quien soy indigno y despreciable en todos los grados»: he aquí lo que se dice el cristiano. Pero aun este sentimiento ha perdido su aguijón más penetrante, porque el cristiano no cree en su demérito habitual: es malo como todos los hombres en general, y descansa algo pensando en el axioma: todos somos semejantes.

118. *Conversión del personal.*—Luego que una religión llega á hacerse *dominante*, tiene como adversarios á todos los que fueron sus primeros prosélitos.

119. *Destino del cristianismo.*—El cristianismo ha

nacido para dar alivio al corazón; pero ahora le es necesario desolar el corazón para después aliviarlo. Consiguientemente perecerá.

120. *La prueba del placer.*—La opinión agradable es admitida como verdadera; es ésta la prueba del placer (ó como dice la Iglesia, la prueba de la fuerza), de la cual todas las religiones se muestran tan orgullosas, cuando deberían sonrojarse de ella. Si la fe no hiciera dichosos, no habría fe: ¡cuán poco valor debe, pues, tener!

121. *Juego peligroso.*—El que hoy dentro de sí abre campo al sentimiento religioso, debe también dejarlo allí crecer, no puede proceder de otro modo. Entonces su ser se transforma poco á poco, las partes dependientes, limítrofes del elemento religioso, toman en él la preeminencia, todo el horizonte de su raciocinio y de su sentimiento está cubierto de nubes, de sombras religiosas que pasan. El sentimiento no puede quedar en reposo; pongámonos, pues, en guardia.

122. *Los discípulos ciegos.*—En tanto que un hombre conoce muy bien las fuerzas y las debilidades de su teoría, de su arte, de su religión, su fuerza es aún pequeña. El discípulo y el apóstol que no tiene ojos para ver las debilidades de la teoría, de la religión, etcétera, cegado por la vista de su maestro y su amor hacia él, tiene de ordinario más poder que el mismo maestro. Sin discípulos ciegos, jamás la influencia de un hombre y de su obra se ha hecho grande. Ayudar al triunfo de una idea, no tiene ordinariamente otro sentido que asociarlas tan fraternalmente á la necesidad, que el peso de la segunda significa también la victoria de la primera.

123. *Desmoronamiento de las iglesias.*—No hay

bastante religión en el mundo para volver á la nada las religiones.

124. *Impecabilidad del hombre.*—Si se ha comprendido cómo «el pecado ha venido al mundo», á saber, por errores de la razón, en virtud de los cuales los hombres se toman recíprocamente, más todavía, el individuo se toma á sí mismo como más negro y malvado que lo que es; toda la sensibilidad se encuentra aliviada, y hombres y mundo aparecen un día ú otro con una aureola de inocencia, al punto que un hombre puede encontrarse allí esencialmente bien. El hombre, en medio de la naturaleza, es siempre el niño. Y este niño sueña sin duda á veces un pesado sueño angustioso, pero cuando abre los ojos vuelve á verse siempre en el paraíso.

125. *Irreligiosidad de los artistas.*—Homero se halla entre los dioses, y al mismo tiempo, con los suyos y en calidad de poeta, se encuentra con aquellos tan á su satisfacción, que es necesario de todo punto que haya sido esencialmente irreligioso; no obstante la materia que le proponía la creencia popular—una superstición seca, grosera, en parte afrentosa—él procedía de una manera tan libre como el escultor con la arcilla; y por lo tanto, con aquella despreocupación que poseyeron Esquilo y Aristófanos, y en los tiempos modernos los artistas del renacimiento, como Shakespeare y Goethe.

126. *Arte y facultad de la interpretación falsa.*—Todas las visiones, los terrores, las desolaciones, los encantamientos del hombre santo son estados mórbidos conocidos que él mismo, por razón de errores religiosos y psicológicos radicados, *interpreta* de otra manera, es decir, no como enfermedades. Así, tal vez el demonio de Sócrates es una enfermedad del

oído, que conforme á su tendencia moral dominante, él se explica de manera diversa de la que pudiera hacerlo hoy. Lo mismo sucede con la locura y el delirio de los profetas y de los sacerdotes de los oráculos; siempre están en aquel grado de saber, de imaginación, de esfuerzo, de moralidad en el cerebro y en el corazón;—*los intérpretes* son los que lo han hecho todo—entre las facultades mayores de *los hombres* á quienes se llama genios y santos, es necesario colocar la de procurarse intérpretes que no *les entiendan* para salud de la humanidad.

127. *Veneración de la locura.*—Como se notaba que una emoción ponía frecuentemente la cabeza más despejada y evocaba dichas inspiraciones, se pensaba también que por las emociones más fuertes se tomaba parte en las inspiraciones y en las impresiones más dichas; y así se veneraba á los locos, como si fueran los sabios y ordenadores de los oráculos. Como base de todo esto, existe un razonamiento falso.

128. *Promesas de la ciencia.*—La ciencia moderna tiene por fin tanto el menor dolor posible como la más larga vida posible; por consiguiente, una especie de felicidad eterna, á la verdad muy modesta en comparación de las promesas de las religiones.

129. *Donación prohibida.*—No hay bastante amor y bondad en el mundo para tener el derecho de hacer donaciones de ellas á seres imaginarios.

130. *Supervivencia del culto religioso en la conciencia.*—La Iglesia católica y antes que ella los demás cultos antiguos, disponían de todo el dominio de los medios por los cuales el hombre es transportado á disposiciones extraordinarias y arrancado al frío cálculo del interés ó al pensamiento de la razón pura. Una Iglesia que hace temblar por acentos profundos, los

llamamientos sordos, regulares, atrayentes de un ejército de sacerdotes que transmiten involuntariamente su excitación á la comunidad y la hacen ser toda oídos casi ansiosamente como si un milagro se acercase, la emanación de la arquitectura que emana de una divinidad, ¿quién querría volver tales fenómenos á los hombres, si sus condiciones previas no son creídas? Pero los resultados de todo esto no son perdidos sin embargo: el mundo interior de las disposiciones sublimes, conmovedoras, extáticas, profundamente penetradas, dichosas por la esperanza, se ha tornado innato á los hombres principalmente por el culto; lo que existe de él en el alma, ha sido cultivado en gran escala cuando germinaba, crecía y florecía.

131. *Recuerdos religiosos.*—Por mucho que uno se crea desacostumbrado de la religión, esta inhabitud no ha llegado al punto de que no se sienta placer en experimentar sentimientos y disposiciones religiosas sin contenido inteligible, como, por ejemplo, en la música y cuando una filosofía nos expone la justificación de esperanzas metafísicas, de la profunda paz del alma que se debe pedir, y por ejemplo habla de «todo el Evangelio cierto en la mirada de la Virgen de Rafael», acogemos tales expresiones y demostraciones con disposición de ánimo particularmente cordial; el filósofo tiene en esto demasiada facilidad que comprobar, responde por lo que le place dar á un corazón que se complace en recibirlo. A este propósito se nota cómo á los espíritus libres no chocan sino los dogmas, pero reconociendo muy bien el encanto del sentimiento religioso; tienen sentimiento en dejar ir el último por causa de los primeros. La filosofía científica debe estar muy sobre sí para no ir por causa de esta necesidad, necesidad adquirida—y por consiguiente también pa-

sajera—á introducir errores de contrabando; aun los lógicos hablan de *presentimiento* de la verdad en la moral y en el acto (por ejemplo, del presentimiento, «que la esencia de las cosas es una»); esto es, por lo tanto, lo que debería prohibirse. Entre las verdades diligentemente descubiertas y sus semejantes «presentidas», queda el abismo infranqueable de que éstas son debidas á la inteligencia y aquéllas á la necesidad. El hambre no prueba que haya un alimento para satisfacerlo; pero lo desea. «Presentir» no significa reconocer en algún grado de existencia de una cosa, sino tenerla como posible en la medida en que uno la desea ó la teme; el «presentimiento» no hace avanzar un paso en el país de la certidumbre. Se cree involuntariamente que las partes de una filosofía que lleva consigo un colorido de religión son mejor probadas que las demás; pero en el fondo es lo contrario; se tiene solamente el íntimo deseo de que *pueda* ser así, y por lo tanto, que aquello que haga dichoso, sea lo verdadero. Este deseo nos conduce á comprar como buenas razones que son malas.

132. *La necesidad de la redención cristiana.*—Por medio de un examen atento, debe ser posible encontrar en el fenómeno del alma del cristiano, que se llama necesidad de redención, alguna explicación libre de mitología, y por consiguiente, puramente psicológica. Hasta hoy, á la verdad, las explicaciones psicológicas de los estados y de los fenómenos religiosos estuvieron en descrédito, porque una teología—seditante—libre cifraba en este dominio su existencia estéril; toda vez que de antemano, según puede deducirse del espíritu de su fundador, Schleiermacher, tenía el designio de mantener la religión cristiana y de hacer subsistir la teología cristiana; la cual, se decía, de-

bía adquirir en los análisis psicológicos de los hechos religiosos nuevo fondo y sobre todo nueva ocupación. Sin dejarnos conducir por semejantes guías, osamos exponer la explicación del fenómeno en cuestión. El hombre tiene conciencia de ciertas acciones que están por debajo de la escala de su conciencia, aún descubre en él cierta tendencia á acciones de ese género, que le parece tan inmutable como todo su ser. ¡Cuánto desearía ensayarse en esa otra clase de acciones, que son apreciadas por todos generalmente como las más altas y las más grandes! ¡Cuánto desearía sentirse dueño de la buena conciencia que debe dar el pensamiento desinteresado! Pero, por desgracia, permanece empeñado en su propósito; el descontento de no poder satisfacer aquellos deseos se agrega á todos los demás descontentos que le trajo en dote la existencia, ó que son consecuencia de aquellas acciones que se llaman malas; por eso le aqueja profundo malestar, que le obliga á buscar un médico capaz de suprimir esa causa y todas las demás. Tal situación no causaría tanta amargura si el hombre no se comparase sino con otros hombres imparcialmente; entonces no tendría razón para estar tan descontento de sí mismo; llevaría simplemente su parte de la carga general del descontento y de la imperfección humana. Pero se compara con un ser reputado capaz solamente de acciones no egoístas y que vive en la conciencia perpetua de un pensamiento desinteresado, con Dios; por mirarse en espejo tan refulgente es por lo que le parece su ser tan oscuro, tan notablemente desfigurado. En seguida se siente angustiado, pensando en ese mismo ser que la imaginación se figura tener delante como una justicia castigadora; en todos los detalles de la vida, grandes y pequeños, cree reconocer sus iras, sus amenazas y has-

ta sentir de antemano los latigazos de sus jueces y de sus verdugos. ¿Quién le socorrerá en ese peligro, que por la perspectiva de una inconmensurable duración de la pena sobrepasa en crueldad á todos los demás temores de la imaginación?

133. Antes de representarnos esta situación en sus consecuencias ulteriores, confesémosnos que el hombre no llegó á tal situación por su falta y su «pecado», sino por una serie de errores de la razón; que es culpa del espejo si su ser se le presenta en tal grado sombrío y repugnante, y que ese espejo era *su* obra, la obra muy imperfecta de la imaginación y del juicio humanos. Primeramente, un ser que fuera capaz exclusivamente de acciones libres de todo egoísmo es más fabuloso todavía que el ave fénix; no podemos representárnoslo claramente á la luz de la razón, puesto que toda idea de «acción no egoísta» se desvanece ante su análisis exacto. *Jamás* hombre alguno ha hecho nada exclusivamente para los demás y sin ningún móvil personal; más todavía, ¿cómo *podría* hacer algo sin relación á él, y por lo tanto, sin una necesidad interior (que debe tener su fundamento en una necesidad personal)? ¿Cómo el *ego* podría obrar sin el ego?

Un Dios que es todo amor, tal como se le acepta en ocasiones, no sería, por el contrario, capaz de ninguna acción no egoísta: á este respecto deberíamos acordarnos de un pensamiento de Lichtenberg, tomado, es verdad, de una esfera más humilde: «No podemos absolutamente *sentir* por los otros, como se dice comúnmente, no sentimos sino por nosotros. Esta proposición será dura, pero no lo es si se oye bien. No se ama ni al padre ni á la madre ni al hijo, sino los sentimientos agradables que nos procuran.» O como dice

La Rochefoucauld: «Si uno cree que ama á la mujer por el amor de ella, está bien engañado.»

Los actos de amor se estiman, pues, más altamente que otros, no por su esencia, sino por su utilidad; compárense las observaciones anteriores y las ya hechas al tratar «Del origen de los sentimientos morales». Pero que un hombre deba desear ser como ese Dios, todo amor, hacer y querer todo para los demás, nada para sí, es cosa imposible, por la razón de que necesita hacer *mucho* para sí para poder hacer algo para otros. Además, supone esto que el otro es bastante egoísta para aceptar siempre y siempre de nuevo este sacrificio, esta vida por él: de manera que los hombres de amor y de sacrificio tienen interés en la conservación de los egoístas sin amor é incapaces de sacrificio, y que la alta moralidad para poder existir, debería expresamente *producir* la existencia de la moralidad (con lo que es verdad, se suprimiría ella misma). Por otra parte, la idea de un Dios inquieta y humilla, no tanto porque en ella se cree, sino por la forma como *ha nacido*, sobre lo cual el estado actual de la etnología comparada no puede caber ya duda; y desde que uno se da cuenta de ese nacimiento, tal creencia está arruinada. Pasa con el cristiano que compara su ser con el Dios, como pasaba con Don Quijote, que despreciaba su propio valor porque tiene metidos en la cabeza los hechos maravillosos de los héroes de los romances de la caballería: la unidad que en estos casos sirve de medida, pertenece al dominio de la fábula. Pero si la idea de Dios está arruinada, lo está también el sentimiento del «pecado» como crimen contra los preceptos divinos, como mancha hecha á los seres consagrados á Dios. Entonces no queda verosímilmente, sino esa inquietud que está muy empa-

rentada, muy próxima al temor de los castigos de la justicia mundana ó del desprecio de los hombres; el aguijón más penetrante del sentimiento del pecado está para en adelante roto, cuando uno se apercibe que sin duda ha violado la tradición humana, los preceptos y los mandatos humanos, pero sin poner por ello en peligro «la salvación eterna de las almas» y sus relaciones con la divinidad. Si el hombre llega á la vez á adquirir la convicción filosófica de la necesidad absoluta de todas las acciones y de su completa irresponsabilidad de convertirla en carne y sangre, entonces desaparecerá también ese resto del remordimiento de conciencia.

134. Si, pues, el cristiano, como he dicho, ha sido llevado al sentimiento del menosprecio de sí mismo por algunos errores, por una falsa explicación anticientífica de sus acciones y de sus sentimientos, debe notar con extrema admiración cómo este estado de desprecio, de remordimiento de conciencia, de disgusto en general, no subsiste; cómo oportunamente llegan horas en que todo esto ha huido del alma y uno se siente de nuevo libre y valeroso. En verdad, es el contento de sí mismo, el bienestar por la propia fuerza, de acuerdo con el debilitamiento consiguiente á toda excitación profunda y duradera, quien ha conseguido la victoria: el hombre se ama de nuevo, lo siente; pero precisamente ese amor nuevo, esa nueva estimación de sí le parece increíble, no puede ver en ella sino el descenso, absolutamente inmerecido, de un rayo de la gracia de arriba. Si antes creía percibir en todas las impresiones, advertencias, amenazas, castigos y toda clase de manifestaciones de las iras divinas; se da ahora una nueva interpretación de todo aquello, dando acceso en sus pruebas á la bondad